

EL SÉPTIMO CÍRCULO

LA HERIDA INTIMA

por
NICHOLAS BLAKE



Un joven novelista alquila un chalet solitario en el oeste de Irlanda, para escribir su nuevo libro en paz. Casi enseguida entabla relaciones con la mujer de un pequeño terrateniente vecino, hombre mayor, violento, peligroso. Lo que comenzó como juego se transformó en amor y un extraño «eterno triángulo» se transforma en un escándalo local. Amenazas y acciones violentas presagian una muerte que resulta horrible. La herida íntima es un misterio clásico y la identidad del asesino se mantiene cuidadosamente oculta. Pero es algo más: un estudio de tres personajes muy particulares, precisamente observados, que se transforma en un drama de alta tensión, con las colinas y las aguas del litoral occidental de Irlanda, conmovedoramente evocadas, como telón de fondo.

LA HERIDA ÍNTIMA

Nicholas Blake

A Charles y Sally

«La herida íntima es la más profunda».
Dos caballeros de Verona: Shakespeare.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

Ya es tiempo de que cuente esta historia. No sé si alguna vez podré publicarla, no por miedo de herir a los interesados —los que más podrían sufrir ya han muerto—, sino porque es una especie de confesión, y no me gusta ese tipo de literatura.

Cuando recuerdo aquel maravilloso verano de 1939 en el Oeste de Irlanda, hace casi treinta años, siempre en la misma imagen la que, casi contra mi voluntad, ocupa el primer plano en mi mente: me veo tendido en una cama, empapado en nuestro sudor; ella, de pie junto a la ventana abierta para refrescarse a la luz de la luna. Otra vez veo su cuerpo escultural, de curvas convencionales, casi anticuadas, hombros algo caídos, piernas más bien cortas, el inquietante contorno de la columna vertebral semioculto por el pelo cobrizo, que ahora parece negro. Debajo de la ventana, la fucsia debe parecer una serie de gotas de sangre oscura. Más allá, el río sueña y habla en voz alta. Ella está desnuda.

Como no he podido desechar su recuerdo, como en cierto modo me pidió tan poco mientras vivió, como merece un modesto altar a su memoria (¿y sin mí, quién la recordaría?), sí: por simple gratitud debo relatar lo ocurrido, que para mí comenzó como un idilio, siguió como una farsa y terminó en tragedia.

No parece un argumento de Eyre, dirán mis fieles lectores. Demasiado romántico para este tipo de novelista: y quizá tengan razón.

Pero es mi historia, y ojalá nunca hubiese sucedido: lo digo de todo corazón.

Tenía treinta años recién cumplidos. Como mis dos primeras novelas habían alcanzado bastante éxito, los editores ofrecieron pagarme trescientas libras anuales durante tres años, para que tuviera con qué vivir mientras escribía otras. Junto con una pequeña herencia de mi abuela, ese dinero me permitiría no dar más lecciones. Quería terminar con ese trabajo y alejarme al mismo tiempo de los falsos escritores y sus semejantes que pululaban en Londres, donde resultaba casi imposible evitarlos.

La carrera eclesiástica de mi padre comenzó en la Iglesia Protestante Irlandesa, en la Catedral de Tuam. Cuando yo era todavía pequeño vinimos a Inglaterra y desde entonces nunca había vuelto a Irlanda. La muerte de mi padre, en 1937, me provocó una fugaz crisis religiosa y decidí visitar Galway, y quizá también Mayo y Sligo, en cuanto pudiera hacerlo.

Las palabras «crisis religiosa» escandalizarían a mis lectores. En esa época yo tomaba como modelo a Christopher Isherwood, y lo que menos abunda en sus primeras novelas es el sentimiento religioso. Me consideraba como integrante de la escuela «ojo de la cámara»: impersonal, sofisticado, irónico. Por cierto que se cambiarían los papeles cuando me encontrara en el oeste de Irlanda, ya no el ojo de la cámara sino un objeto de intensa curiosidad para todos los ojos locales. De todos modos, tarde o temprano uno siente la necesidad de volver a sus raíces; a mí me había sucedido temprano, nada más.

Y no olvidemos la Guerra: hasta los políticos empezaban a comprender, por fin, que se nos venía encima. Yo no quería huir de ella. No, eso no es cierto; no *podía* huir de ella, como un conejo no puede huir del armiño, que lo hipnoti-

za. Quería simplemente tomarme unas vacaciones del miedo.

Eso mismo podría haber hecho, decorosamente, con mi prometida Phyllis, pero a principios de ese año ella había emprendido un viaje en derredor del mundo con su madre y el potentado de su padre. A este podría haberlo impresionado levemente la noticia de que mi último libro me daba dinero; pero con seguridad no se enteraría hasta volver de su crucero en derredor del globo. La noticia iría siguiéndolo de puerto en puerto, aunque yo le había escrito poco a Phyllis: una muchacha afectuosa pero que no pasaba en ciertos límites, y cuya imagen, habiendo de por medio unos cientos de millas marinas, se había vuelto muy borrosa.

Todos suponían que tarde o temprano ella (y su dinero) serían asunto mío. Pero —y me pregunto cuántos pensarían lo mismo— la guerra inminente me permitiría eludir toda responsabilidad, dejar atrás mis costumbres circunspectas y dar rienda suelta a la inquietud latente en mí. En algún rincón de mi ser, aunque yo casi lo ignoraba, crecía un león que pronto buscaría una presa para devorar, o alguien que lo devorara. La presa y el carnívoro, contra toda probabilidad, me esperaban en un vulgar pueblecito, al fondo del Condado Mayo.

Después de pasar un par de días en Dublin, donde conseguí un auto usado, crucé Irlanda, visité Tuam, continué hacia Westport, al norte, y volví a la Bahía de Galway: peregrinaje inquieto y sin meta. En Dublin me habían dado algunas direcciones, pero las casas ofrecidas eran demasiado grandes o estaban en ruinas: un chalecito cerca de Ballinrobe no tenía tejado; se lo habían sacado después de poner la casita en alquiler. Yo no tenía, prisa. El verano recién empezaba, y el Atlántico también; en Irlanda el tiempo no tiene importancia. Recuerdo un pensamiento fatalista que tu-

ve en ese momento, al dejar la ciudad de Galway rumbo al sur: cuando llegue a mi destino lo sabré. Habrá un Signo.

Tenía pensado pasar la noche en un hotel de Ennis, pero mientras almorzaba unos sándwiches vi en el mapa un nombre que antes se me había escapado. Es posible que lo hubiera visto en algún poste indicador, pero sin prestarle atención. Charlottestown. Unos meses antes había leído la formidable novela de Somerville y Ross^[1] «*La verdadera Charlotte*». Y aquí estaba, a menos de quince kilómetros de Charlottestown. ¿Era este el Signo? La novela sucede en otra parte de Irlanda, pero de pronto me sentí atraído hacia el sitio; no era el tibio afecto que me llevara a Tuam, mi lugar natal, sino una curiosidad tan fuerte como carente de sentido. Podía ser mi sangre irlandesa en acción, injertándose una gota de la superstición que normalmente despreciaba.

Al entrar en el pueblo todo aquello me pareció una absurda fantasía. Allí no había nada para mí: un típico villorrio del oeste irlandés con su única, larga calle ancha que tras formar encrucijada iba a desembocar al río, con un puente; en la calle, burros; casas bajas y cal construidas, una de cada dos con una vidriera repleta de artículos poco agradables a la vista; eso a ambos lados. Supongo que a un visitante podría parecerle pintoresco, pero en el camino ya había visto demasiados pueblos igualmente mezquinos.

No iba a detenerme pero golpes repetidos en el motor me obligaron a ello. Un hombre viejísimo, apoyado en una bomba de gasolina, abrió la tapa del auto, miró y revolvió mucho tiempo, tras lo cual volvió a caer en coma junto a la bomba.

—Bueno, ¿qué tiene el auto?

—El diablo lo sabrá —abriendo un solo ojo.

—Entonces tráigame al diablo —le contesté enojado.

La boca del vejstorio se abrió en una sonrisa sin dientes. Hizo una rápida señal de la cruz y agregó:

—Nada de eso. Usted necesita a mi primo. Esto es de él y yo se lo cuido. Dicen que la nafta es muy buena. ¿Se lo lleno?

—¿Su primo está en el garaje?

—No. Fue a Newport a vender un caballo.

—¿Cuándo vuelve?

—A las diez o a las once, si Dios quiere. Él lo arreglará. Sean es un maestro con las máquinas. Ese auto es hermoso, y vino desde tan lejos: la Gran Ciudad. Usted debe ser un gran chófer.

Las dos últimas frases surgieron al oír el ruido de las monedas en mi bolsillo. Señaló a un punto de la misma calle, más abajo:

—El hotel Colooney. Es un hotel hermoso. El gerente es tío del marido de mi nieta. Este mismo año instaló un nuevo bar. —¿Le llevo las valijas?

—Pero...

—Cálmese. Sean le arreglará el auto mañana temprano, le doy mi palabra. Sería muy imprudente seguir manejando con la máquina batiendo como un tambor inglés.

Y así, quieras que no, quedé condenado a pasar la noche en ese mezquino lugar. El vejete me llevó las valijas y golpeó a la puerta del hotel Colooney. Su única respuesta fue la súbita aparición de una docena de chicos pecosos, a espaldas nuestras. Volvió a golpear y luego gritó en dialecto irlandés. Una muchacha abrió la puerta, nos miró horrorizada y dijo:

—Santa Madre de Dios, ¿él quiere un cuarto?

—¿Y qué otra cosa podría querer el caballero Maeve? Vamos, muévete. El mejor cuarto: el que tiene baño. El caballero está destruido por el polvo, en peregrinación desde el otro extremo de la tierra para visitar la tumba de sus antepasados. Y debe tener sed, también —agregó, con un deprimente guiño. Se guardó mi chelín y se alejó tambaleándose, presumiblemente en dirección al bar recién instalado.

La habitación, contra lo que esperaba, resultó limpia y cómoda. En el camino había estado en suficientes hotelitos para no asustarme del horrible gusto irlandés, y además el «buen gusto» oficial significaba poco para mí en esa época. Las cortinas y la colcha, de agradable color rojo con dibujo de rosas, chocaban con la alfombra, de un espantoso, ácido verde. Colgando sobre la cama, una imagen de la Virgen María.

Abrí una valija y dejé cerrada la otra, que contenía los apuntes de mi novela; salí a dar un paseo. Los niños habían llegado a mi auto y se paseaban por encima de él. Cuando me vieron me miraron con audacia pero al acercarme salieron corriendo. Al contrario de una aldea inglesa a media tarde, toda la población de Charlottestown parecía estar a la vista: pasaban carros, grupos de hombres se apoyaban en las paredes de las casas, las mujeres entraban y salían de los escuálidos negocios, o se contaban chismes de una a otra acera.

Una de las tiendas, apenas pasando la intersección, era algo mejor que las otras: una combinación de almacén, farmacia y vinería, con la leyenda TIENDA DE LEESON grabada en letras doradas sobre la vidriera. Cuando pasé por delante, un hombre de pelo negro, todavía joven pero de aspecto importante, salió, me hizo una preocupada inclinación de cabeza y entró en una sólida casa de piedra gris, un poco más lejos. Siguiendo por ese camino, que formaba ángulo recto con la calle principal, vi que unos cien metros más allá se transformaba en una senda pedregosa, con una granja y una de esas iglesias del rito irlandés, tristes y estrechas, que se miraban al término del sendero. La iglesia católica estaba en el extremo este del pueblo: la había visto al entrar. Di la vuelta, seguí al este de la encrucijada, encontré la oficina de correos y le mandé a mi madre una postal chillona con un chatel de Connemara. Otros trescientos metros y Charlottestown terminaba abruptamente en el puente, con una pradera y un pantano. Y eso era todo,

pensé; un villorrio mezquino de nombre pretencioso. Bueno: si Sean era, como decía su primo, un maestro de la maquinaria, mañana estaría fuera de aquí. Volví al hotel, seguido —así me pareció— por todos los ojos de Charlottestown, como si fuese un rajá montado en un elefante, en Piccadilly.

Más que la necesidad de tomar algo, fue ese sentido de aislamiento, de diferencia, de estar en exhibición como un fenómeno, lo que me llevó al bar del hotel una hora después. Los escasos ocupantes me miraron fijamente antes de seguir conversando en voz baja. Pedí un Jamieson doble. Al rato entró ruidosamente un hombre de cara rojiza.

—¿Mr. Eyre? Siento no haber estado aquí cuando usted llegó. Soy Desmond Haggerty. Espero que Maeve le haya dado la bienvenida.

Me estrechó la mano con vigor. Seguramente era el gerente; tío del marido de la nieta del que cuidaba la nafta.

—Estamos a comienzos de temporada y vienen pocos turistas. Es terrible que el auto se le haya parado así. Pero no importa: mala suerte para usted y buena para nosotros. Y seguro que Sean se lo arreglará, Mr. Eyre: entiende mucho de mecánica. ¿Qué está tomando?

—Bueno, yo...

—Ni una palabra. Tomaremos juntos. Padraig, otro Jamieson para Mr. Eyre. Pero esta vez fíjate que sea *whisky* blando. ¿No lo probó nunca? Bueno, tómese lo. Es una experiencia. Salud.

—Buena suerte, Mr. Haggerty.

—Es un viaje matador desde Dublin, seguro que sí. Tiene derecho a descansar aquí un tiempito.

Le expliqué que llevaba una semana explorando el oeste.

—¿Ah, sí? ¿Y es su primera visita a la región?

—Sí, pero nací en Tuam.

—¿De veras? —abrió mucho los ojos—. Un primo mío es cura allí: el padre Ryan. Bebamos a su salud. Padraig,

otra vuelta.

Volvió a desearme salud. Los otros clientes levantaron sus vasos y me saludaron con agradables inclinaciones de cabeza. ¿Por qué me habían parecido hostiles o sospechosos? Eran tímidos como animalitos que huelen primero al extraño. Animado por el *whisky*, ya sentía agradecimiento porque me habían aceptado. Un vicario inglés, una buena escuela, Cambridge, gustos de intelectual: en mí, por lo menos, todo eso provocaba el deseo de cruzar las fronteras, de comprender la vida de la mayoría y hasta de compartirla. En todo intelectual se oculta un Hombre Común que chilla pidiendo salir, pensé.

—¿Vive en Inglaterra? —preguntó Haggerty.

—Sí. Londres.

—Lo visité una vez. Un lugar terriblemente ruidoso.

—Cuando empiecen a bombardearlo será más ruidoso todavía.

—Entonces, ¿cree que habrá guerra?

—Estoy completamente seguro.

—Espero que Dios no permita eso —dijo Haggerty en tono rutinario—. ¿Y de qué se ocupa, *Mr. Eyre*? ¿Negocios, quizás? ¿O en el gobierno inglés?

—Una especie de negocios se podría llamarlo negocio de uno solo. —No tenía ganas de divulgar mi profesión. Quería ser anónimo.

—¿Alguna tienda?

—Una tienda muy exclusiva —contesté en broma.

Haggerty me miró como si acabara de comprender algo y casi enseguida apartó los ojos, como para ocultar su descubrimiento. Si hubiese podido interpretar esa mirada, me habría evitado muchos problemas futuros.

Pero en ese momento mi atención se dirigió hacia dos personas que entraban al bar.

Trato de recordar cuál fue la primera impresión que me hicieron. La mujer llevaba en la cabeza una mezcla de gorra de *jockey* y uno de esos gorritos de estudiante perpetuo

que ahora están de moda entre los jóvenes de ambos sexos; el color era rojo cereza. Enseguida bajé los ojos hasta la cabellera, peinada al estilo paje en boga en Inglaterra unos años antes: pelo negro con luces rojizas. Sus movimientos eran curiosos, con algo de torpeza debida quizás a la conformación de los pies, y movía mucho los brazos al caminar. Llevaba un jersey verde brillante, de cuello alto, y una falda muy corta, amarillo azafrán, casi como un «kilt» escocés. Era la primera mujer que veía en un bar irlandés, y eso podía ser la razón del rechazo que presentí en los clientes.

—¿Cómo estás, Desmond? —el saludo habitual del país, pero sin rastros de acento irlandés; tenía una voz de tono pastoso, más de campo que de ciudad, pero con vaga semejanza al oeste de Inglaterra.

—Muy bien. ¿Y tu marido?

—Estaba conmigo. Supongo que fue al baño.

Volví a sentir el indefinible algo que atravesó a los otros bebedores, y entró un hombre con paso algo inseguro: grande, flojo y pálido, de pelo canoso, con pantalones de cordero y chaqueta muy gastada. Todos lo saludaron por su nombre. Al principio pensé que lo llamaban «Florrie», pero recordé que el nombre «Florence» y su diminutivo «Flurry», que en Inglaterra se usan para mujeres, no son raros en hombres, en Irlanda. Se abrazó con Haggerty, que ahora estaba detrás del bar. La mujer se sentó cerca, en un taburete alto, me miró fugazmente pero sin timidez y comenzó a beber el *whisky* que el barman le había servido, sin pedírselo.

Con gesto furtivo, el hombre le pasó un cheque a Haggerty y este le entregó unos billetes. El otro me miró por encima del hombro y le hizo una pregunta a Haggerty; me pareció que la respuesta contenía las palabras «oeste británico», que en Irlanda no son precisamente un elogio.

Aunque nunca he sido un paranoico, sufrí un año de persecuciones en la escuela y probablemente conservaba